

ALAN WATTS  
El gurú tramposo



En los últimos años de su vida, Alan Watts, ya mundialmente famoso, tenía una gran multitud de seguidores, y trataba de presentar sus ideas con la mayor sencillez. Fruto de ello son sus últimas charlas y conferencias, una selección de las cuales presentamos hoy bajo el título significativo de *El gurú tramposo* que es, precisamente, el capítulo inicial del libro: un examen lleno de humor y de indulgencia sobre la figura del gurú.

Así, pues, «El gurú tramposo», junto con los otros ensayos contenidos en este libro, es la quintaesencia del pensamiento y de la prosa de Alan Watts. En él, se reflejan, totalmente maduros, los grandes temas de reflexión del que fue, evidentemente, un «gurú tramposo», un gurú irónicamente virtuoso, el primer taoísta de Occidente, el maestro que trató de liberarnos de la pesadilla de una cultura presidida por la culpa y el pecado.

## Índice de contenido

Cubierta

El gurú tramposo

PREFACIO

EL GURÚ TRAMPOSO

HABLANDO PERSONALMENTE

EL INDIVIDUO COMO HOMBRE/MUNDO

CUANTO MÁS CAMBIAN LAS COSAS

EL TRABAJO COMO JUEGO

«OMNIPOTENCIA» ORIENTAL

PSICOTERAPIA Y RELIGIÓN ORIENTAL

Notas

Sobre el autor

## PREFACIO

En los siguientes capítulos el lector descubrirá una perspectiva singular de la filosofía del tardío Alan Watts, uno de los principales intérpretes occidentales del pensamiento oriental. Las selecciones incluidas aquí tienen un doble origen, pues los dos primeros capítulos son ensayos de Watts, mientras que los siguientes se basan en su palabra hablada. Este libro, que se inicia con «El gurú tramposo» y «Hablando personalmente» (los ensayos), empieza con sabor autobiográfico y continúa revelando las ideas de Watts en su forma definitiva y más concisa.

«El gurú tramposo» resultará familiar al lector que conozca la tradición oriental de los gurús. Quizá sea el artículo más personal escrito jamás por Alan Watts, en el que examina el mito del gurú desde afuera. Lectores, maestros y gurús por igual encontrarán este tratamiento de lo más humorístico e indulgente. El gurú pícaro aparece a la postre como un personaje irónicamente virtuoso. En «Hablando personalmente». Watts reflexiona sobre su propia vida y, de hecho, menciona su autobiografía, cuya publicación estaba próxima por entonces, refiriéndose a ella como «Coincidencia de contrarios». Más tarde cambió el título por el de *In My Own Way*<sup>[1]</sup>, aprovechando su seminario titulado «Being in the Way» («Estar en el camino»).

Los capítulos «Cuanto más cambian las cosas» y «El trabajo como juego» se han tomado de *Las conferencias esenciales de Alan Watts*, una serie de programas de vídeo grabada en 1971, dos años antes de su muerte. Reflejan así

la culminación de una tarea indagatoria que duró toda su vida sobre las cuestiones filosóficas básicas a las que se enfrenta la humanidad. A principios de los años setenta, Watts había reunido a una multitud de seguidores, y se esforzaba por presentar sus ideas con la mayor sencillez, de modo que todo el mundo pudiera comprenderlas. Watts llamaba a esta práctica «evitar los espantajos», lo cual, traducido libremente, significaba no utilizar palabras o conceptos místicos que pudieran ser poco familiares y, en consecuencia, produjeran confusión.

Los capítulos restantes, «El individuo como hombre/mundo», «Omnipotencia oriental» y «Psicoterapia y religión oriental» son conferencias dirigidas a públicos generales y profesionales. Watts seleccionó estas charlas entre centenares de horas de grabación para publicarlas en diversas revistas y periódicos.

MARK WATTS  
*Junio, 1984*

## EL GURÚ TRAMPOSO

A menudo he pensado en escribir una novela, parecida a *Las confesiones de Felix Krüll*, de Thomas Mann, que sería la historia de un charlatán que se ganara la vida como maestro gurú, iniciado en el Tíbet o quizá presentándose como la reencarnación de Nagarjuna, Padmasambhava o algún otro gran sabio histórico de Oriente. Sería un relato romántico y fascinante, sazonado con el aroma a pinos de los valles himalayos, jardines en lugares remotos de Alejandría, templos en las montañas de Japón y reuniones e iniciaciones secretas en casas de campo situadas en las afueras de París, Nueva York o Los Ángeles. También plantearía algunas cuestiones filosóficas inesperadas, como las relaciones entre el misticismo auténtico y la magia como espectáculo. Pero no tengo la paciencia ni la habilidad del novelista, por lo que no puedo hacer más que bosquejar la idea para uso de algún otro autor más dotado.

Los atractivos de ser un gurú tramposo son numerosos. Están los del poder y la riqueza, a los que se añade la satisfacción de ser un actor sin necesidad de escenario, que convierte en un drama la «vida real». No es, además, una empresa ilegal, como vender acciones de empresas inexistentes, hacerse pasar por médico o falsificar cheques.

No existen cualificaciones reconocidas y oficiales para ser gurú, aunque ahora que algunas universidades ofrecen cursos de meditación y yoga Kundalini, quizá pronto sea necesario pertenecer a la Fraternidad Norteamericana de Gurús. Pero un auténtico y hábil tramposo debiera eludir

todo eso e inventar una disciplina completamente nueva más allá de toda forma conocida de enseñanza esotérica.

Hay que comprender desde el principio que el gurú tramposo cubre una auténtica necesidad y realiza un servicio público indiscutible. Millones de personas buscan afanosamente un verdadero padre-mago<sup>[2]</sup>, sobre todo en una época en que los clérigos y los psiquiatras son poco convincentes y no parecen tener el valor de sus convicciones o sus fantasías. Quizá han perdido ánimo debido a una valoración excesiva de la virtud de la sinceridad, como si un pintor sintiera la necesidad de dar a sus paisajes la fidelidad de la fotografía. Para poner en práctica esta compasiva vocación, el gurú tramposo ha de ser, ante todo, muy animoso. También debe haber leído mucha literatura mística y ocultista, tanto lo que es históricamente auténtico y bien establecido por la erudición, como lo que se presta a debate, por ejemplo, los escritos de H. P. Blavatsky, P. D. Ouspensky y Aleister Crowley. No es nada conveniente que sorprendan la ignorancia de uno con respecto a detalles que ahora conoce un amplio público.

Tras estos estudios preparatorios, el primer paso consiste en frecuentar los círculos donde los gurús son especialmente buscados, como los diversos grupos de culto que siguen religiones orientales o formas peculiares de psicoterapia, o simplemente el medio artístico e intelectual de cualquier gran ciudad. Ha de ser silencioso y solitario, no hacer nunca preguntas, pero, en ocasiones, añadir una observación muy breve a lo que ha dicho alguien. No ha de ofrecer voluntariamente información sobre su vida personal, pero de vez en cuando, con aire distraído, dejar caer algún nombre para sugerir que uno ha viajado ampliamente y ha pasado algún tiempo en el Turquestán. Puede esquivar el interrogatorio detallado dando la impresión de que el simple viaje es un tema sin importancia del que apenas merece la pena hablar, y que los intereses de uno se encuentran realmente en niveles mucho más profundos.

Si usted se comporta así, la gente no tardará en pedirle consejo. No lo dé enseguida, y sugiera que la cuestión es bastante profunda y habría que comentarla por extenso en algún lugar tranquilo. Concierte una cita en algún restaurante o café agradable, no en su casa, a menos que tenga una librería impresionante y no haya señal alguna de que tiene lazos familiares. Al principio no responda nada, pero, sin un interrogatorio directo, haga que la persona se extienda sobre su problema y escuche con los ojos cerrados, no como si durmiera, sino como si estuviera percibiendo las profundas vibraciones internas del otro. Finalice la entrevista con una orden ligeramente velada de hacer algún ejercicio más bien extravagante, como tararear un sonido y luego detenerse bruscamente. Instruya cuidadosamente a la persona para que sea consciente de la más ligera decisión de detenerse antes de hacerlo realmente, e indique que de lo que se trata es de poder detenerse sin ninguna decisión previa. Concierte otra cita para ver los progresos.

Para llevar esto a término, debe idear toda una serie de ejercicios insólitos, tanto psicológicos como físicos. Algunos deben ser trucos bastante difíciles pero que puedan realizarse, a fin de dar a su alumno la sensación de un avance auténtico. Otros deben ser prácticamente imposibles, como pensar al mismo tiempo en las palabras *sí* y *no*, repetidamente durante cinco minutos, o con un lápiz en cada mano tratar de golpear la mano opuesta, que es tanto como intentar defenderse y atacar al contrario. No dé a todos sus alumnos los mismos ejercicios, porque a la gente le encanta singularizarse, reúnalos en grupos según sus signos astrológicos o de acuerdo con sus clasificaciones privadas, a las que pondrá los nombres más estrambóticos.

Un uso juicioso de la hipnosis, evitando todos los trucos corrientes de alzar la mano, mirar luces con fijeza o decir «relájese, relájese, mientras cuento hasta diez», producirá unos cambios agradables de sensación y la impresión de alcanzar niveles superiores de conciencia.

En primer lugar, describa esa etapa muy vivamente —por ejemplo, la sensación de andar por el aire— y luego haga que sus alumnos caminen descalzos, procurando no producir el menor sonido y, sin embargo, apoyando todo su peso contra el suelo. Deles a entender que el suelo pronto les parecerá un cojín, luego será como agua y, al final, como el aire. Poco después indique que hay motivos para creer que algo parecido es la etapa inicial de levitación.

A continuación, escalone los progresos en treinta o cuarenta etapas diferentes, numérelas y sugiera que todavía existen etapas muy elevadas más allá de las numeradas que solo pueden comprender quienes han superado las veintiocho primeras... por lo que sería inútil comentarlas ahora. Tras la estratagema de andar por el aire, puede hacer que extiendan los brazos y empujen con todas sus fuerzas, como si alguna fuerza abrumadora tirase de ellos. Invierta el procedimiento. Esto produce rápidamente la sensación de que uno no está haciendo lo que hace y hace lo que no está haciendo. Dícales que permanezcan en este estado mientras realizan sus actividades cotidianas.

Al cabo de algún tiempo haga saber que tiene unos antecedentes bastante especiales y peculiares. Cuando algún alumno le pregunte dónde consiguió sus conocimientos, responda modestamente que aprendió una o dos cosas en el Turquestán o diga que es bastante mayor de lo que aparenta o que «la reencarnación no se parece en nada a lo que la gente cree que es». Luego deje caer el detalle de que está conectado de algún modo con un grupo de iniciados selecto en extremo. No afirme nada temerario. Pronto sus alumnos lo harán por usted, y, cuando a uno de ellos se le ocurra la fantasía que a usted más le complace, dígame: «Veo que estás llegando a la decimoctava etapa».

Hay dos escuelas de pensamiento con respecto a los honorarios que puede pedir por sus servicios. Una es la de establecer unas tarifas como las de un médico, pues la gen-

te se siente apurada si no saben lo que se espera de ellos. La otra, utilizada por los tramposos realmente poderosos, consiste en impartir gratuitamente sus enseñanzas, pero a condición de que cada alumno se seleccione personalmente por su capacidad innata para el trabajo (llamémoslo así), por lo que hay que tener cuidado de no admitir a nadie sin someterle primero a alguna novatada. La gente no tardará en hacer contribuciones monetarias. De lo contrario, exija una tarifa bastante elevada, dejando claro que el trabajo es infinitamente más valioso para uno mismo y los demás que, por ejemplo, una costosa intervención quirúrgica o una casa nueva. Dé a entender que entrega la mayor parte del dinero a misteriosos beneficiarios.

En cuanto pueda permitírselo por medio de sus artimañas, hágase con una casa de campo como *ashram* o retiro espiritual, y ponga a los alumnos a trabajar en todas las tareas humildes. Insista en alguna dieta especial, pero no la siga usted mismo. Incluso debe cultivar vicios pequeños, como fumar o beber un poco, o, si es muy cuidadoso, dormir con las damas, para sugerir que su estado de evolución es tan elevado que tales cosas no le afectan, o que solo por tales medios puede seguir en contacto con la conciencia mundana ordinaria.

Por un lado, debe estar usted totalmente libre de cualquier forma de superstición religiosa o parapsicológica, no sea que algún otro tramposo le supere en la táctica, pero por otro lado ha de llegar a creer finalmente en su propio engaño, porque esto multiplicará por diez su descaro. Puede lograrlo convirtiendo en religión el escepticismo total, hasta llegar a una incredulidad básica acerca de todo, incluso la ciencia. Al fin y al cabo, esto concuerda con la posición budista hindú de que todo el universo es una ilusión y no tiene que preocuparse de si lo Absoluto es real o irreal, eterno o no eterno, porque toda idea de él que uno pudiera formarse sería horriblemente aburrida si se compara con lo que es vivir lo Absoluto en el presente. Además, debería

convencerse de que lo Absoluto es precisamente lo mismo que la ilusión, y así no estar en lo más mínimo avergonzado por ser codicioso o estar inquieto o deprimido. Deje claro que en última instancia somos Dios, pero que usted lo sabe. Si le piden que haga milagros, señale que todas las cosas son ya un milagro fabuloso, y que hacer algo extravagante sería ir contra su perfectísimo sistema.

Por otra parte, cuando surjan curiosas coincidencias, dé la impresión de que está al corriente y no muestre sorpresa alguna, sobre todo cuando algún alumno tenga buena suerte o se recupere de una enfermedad, cosas que atribuirán pronto a sus poderes, y podrá sorprenderle descubrir que su mero contacto llega a ser curativo, porque la gente cree realmente en usted. Cuando las cosas no salgan bien, usted lo achacará suavemente a la falta de fe, o explicará que esa enfermedad determinada es un efecto muy importante del Karma con el que tendrá que habérselas algún día, y cuanto antes lo haga mejor.

La reputación de poderes supranormales se sustenta a sí misma, y a medida que aumenta puede usted volverse más atrevido, hasta que llegue a tener toda la potencia de las masas que se engañan a sí mismas trabajando para usted. Pero recuerde siempre que un buen gurú se toma las cosas con calma y mantiene un cierto distanciamiento, sobre todo de esos listillos de la prensa y la televisión cuyo juego consiste en denunciar a cualquiera como un fraude. Insista siempre, como los mejores restaurantes, en que su clientela es exclusiva. La «sociedad» muy alta no se digna en inscribirse en el registro de personas de prominencia social.

A medida que el tiempo pasa, deje entrever cada vez más que está en contacto constante con otros centros de trabajo. Desaparezca de vez en cuando, haciendo viajes al extranjero, y al regresar muéstrese más misterioso que nunca. Le será fácil encontrar a alguien en la India o Siria que le sirva de colega, y, con un pequeño y selecto grupo de alumnos, emprenderá un viaje que incluirá una breve entre-

vista a ese importante personaje, el cual puede decir cualquier tontería que se le ocurra mientras usted realiza la «traducción». Cuando viaje con alumnos, evite cualquier asistencia evidente de agencias oficiales y haga parecer que su hermandad secreta lo ha dispuesto todo por anticipado.

Un gurú tramposo es, ciertamente, un ilusionista, pero podríamos preguntarnos si el arte no es otra cosa que ilusión. Si el universo es solo una vasta mancha de Rorschach sobre la que proyectamos nuestras medidas e interpretaciones, y si el pasado y el futuro carecen de existencia real, un ilusionista es simplemente un artista creativo que cambia la interpretación colectiva de la vida, e incluso la mejora. La realidad es, sobre todo, aquello que un pueblo o una cultura conciben como tal. El dinero, que en sí mismo carece de valor, depende por entero de la fe colectiva para que sea válido. El pasado tiene vigencia solo porque otros creen en él, y el futuro parece importante únicamente porque estamos imbuidos de la engañosa noción de que sobrevivir durante largo tiempo, con minucioso cuidado, es preferible a sobrevivir un breve período sin ninguna responsabilidad y muchas excitaciones. En realidad, todo se reduce a una cuestión de hábitos cambiantes.

Tal vez, entonces, un tramposo puede ser alguien que libera realmente a la gente de su participación más masoquista en la ilusión colectiva, sobre el principio homeopático del «pelo del perro que te muerde». Incluso los gurús auténticos imponen a sus discípulos ejercicios psicológicos imposibles para demostrar la irrealidad del yo, y podría argüirse que también ellos son tramposos sin proponérselo, puesto que se han criado en culturas sin los beneficios desilusionadores del «conocimiento científico» que, como observan los ecologistas, no tiene unos resultados muy satisfactorios. Tal vez todo se reduzca a la antigua creencia de que el mismo Dios es un tramposo que se engaña eternamente a sí mismo por medio del *maya* y tiene las sensaciones de que es un ser humano, un gato o un insecto, ya que

no puede culminarse ningún arte que no imponga ciertas reglas y limitaciones. Un Dios plenamente infinito e ilimitado no tendría límite alguno y por lo mismo no podría manifestar poder o amor. En consecuencia, la omnipotencia debe incluir el poder de autolimitación, hasta el punto de olvidar que se está limitando y hacer así que las limitaciones parezcan reales. Pudiera ser que los estudiantes y gurús auténticos estén en el lado de los engañados, mientras que los falsos gurús son los engañadores... y uno debe efectuar su elección.

Propongo este problema como una especie de *koan zen*, al estilo de «¿Qué es la realidad más allá de lo positivo y lo negativo?» ¿Cómo evitará ser un engañado o un engañador? ¿Cómo se librará de la ilusión del yo sin intentarlo o no intentarlo? Si necesita la gracia de Dios para salvarse, ¿cómo obtendrá la gracia para obtener la gracia? ¿Quién responderá a estas preguntas si usted mismo es una ilusión? El apuro del hombre es la oportunidad de Dios.

*El gallo canta al anocheecer;  
a medianoche, el sol brillante.*

## HABLANDO PERSONALMENTE

Como este es un diario personal, creo que se me puede permitir que hable de un tema personal, en el estricto sentido de la palabra. Se trata de responder a la pregunta: ¿Quién es *realmente* Alan Watts? Cada uno puede formular la misma pregunta acerca de sí mismo y descubrir que tiene un interés enorme. Del mismo modo, nos intriga mucho la respuesta a esa pregunta con respecto a los demás, formulada a menudo con la esperanza de descubrir que, después de todo, son unos tunantes tan cobardes, disparatados y lascivos como nosotros mismos nos consideramos. Por ello hay tantas autobiografías tituladas «Confesiones», como las de San Agustín o Rousseau, o «Apología», como en el caso del cardenal Newman. Siempre ha constituido una buena fórmula, para un libro de éxito masivo, escribir la biografía de alguna persona renombrada por su virtud y mostrar, como resultado de la investigación erudita, que fue un pervertido sexual, un glotón o un alcohólico, pues «el mal que cometen los hombres sigue existiendo después de ellos, mientras que el bien suele enterrarse con sus huesos».

Confieso que me deja algo perplejo el motivo por el que lo que llamamos vicios hayan de considerarse más reales que eso a lo que damos el nombre de virtudes. Quizá se deba simplemente a que están ocultos. Pero, debido a mi considerable experiencia como consejero y padre espiritual, ese aspecto de la cuestión me parece bastante aburrido, y he llegado a la conclusión de que, en general, mis

propios vicios son más o menos los mismos que los de cualquier otra persona.

Llegué incluso a renunciar a mi actividad como ministro religioso oficial porque jugar ese papel daba a la gente la impresión de que yo tenía, o debería tener, una rectitud de la que carece la mayoría de la gente. Pero en ese caso, ¿cómo yo (o cualquier otro) podía encabezar honestamente una congregación en una confesión general de pecados por medio de la que todos informábamos al Todopoderoso (como si Él no lo supiera ya) de que cada uno era un miserable pecador?

La mayoría de los lectores saben ya que el yo real de cada uno es, en última instancia, el Yo de cada ser del universo, el misterioso Brahmán del que nunca puede hacerse, ni es necesario que se haga, un objeto de conocimiento. Por ello la pregunta que he planteado aquí —¿quién es realmente Alan Watts?— es de un orden más superficial, a saber: ¿cuál es mi *verdadero* carácter o personalidad? ¿Es el papel que represento o la imagen que ofrezco, por ejemplo, *fiel* al carácter subyacente?

Ahora bien, esta pregunta suscita, a su vez, otras dos preguntas intrigantes. La primera se refiere al orden *imagen* y la segunda a la palabra *verdadero*.

Con respecto al primero, en la actualidad la gente se preocupa muchísimo por su imagen. Es bien sabido, por ejemplo, que los políticos y otras personas destacadas tienen una imagen creada para ellos por los expertos en relaciones públicas. (Mi esposa trabajó en esa profesión y lo sabe todo de ella.)

La psicoterapia, por otro lado, tal como se practica hoy en general, se propone sobre todo descubrir o poner de manifiesto el auténtico carácter de uno, de modo que la persona pueda aceptarlo y serle fiel. En otras palabras, los psicoterapeutas quieren que la gente sea consecuente.

Hay para ello dos motivos. Uno de ellos es que hemos leído novelas, y los críticos siempre reprenden a los novelis-